

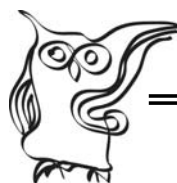
p A r A d i g m A

Revista universitaria de cultura

**número 5
mayo 2008**

Del lat. *paradigma*, y este del gr. *παραδειγμα*

Este quinto número de *Paradigma* versa sobre *Lo Femenino*. En enero de este presente año la pensadora europea Simone de Beauvoir hubiese cumplido cien años y desde este simulacro de celebración llegan nuevos paradigmas sobre la esencia de la mujer en las ciencias, en las letras y demás disciplinas artísticas. Les invitamos a encontrar referentes femeninos que pensaban olvidados, o incluso, desconocidos. Compartir la femineidad propia. Explorar en nuestras múltiples identidades. Beauvoir fue la primera intelectual que cuestionó el papel de la mujer en la sociedad. Es hora de que hombres y mujeres reflexionemos sobre la sociedad que estamos construyendo; debemos trabajar juntos por una ciudadanía activa en el que la mujer tenga la singularidad que le corresponde. Recordar, tal vez hoy más que nunca, las palabras de la creadora malagueña María Zambrano: "No apuntar al porvenir de la mujer, a la mujer que ha de venir, es tanto como no apuntar al futuro del género humano".



Consejo Editorial

- Cristina Consuegra Abal - Antonio Heredia Bayona - José J. Reina Pinto -

Diseño y maquetación

- Cristina Consuegra Abal - José J. Reina Pinto -

Correo electrónico
paradigma2005@mixmail.com

DL: MA-1343-2005
ISSN: 1885-7604

Imprime

Gráfica de Las Nieves - Teléfono 952 33 04 94 - 29006 Málaga



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

El equipo editorial de *Paradigma* quiere agradecer el esfuerzo realizado por todas aquellas personas que hacen posible esta publicación. Especialmente agradece a Alejandro Heredia su colaboración en la corrección de pruebas que con celeridad y meticulosidad lleva a cabo en cada número.

Los miembros del consejo editorial de esta publicación no se hacen responsables de las opiniones vertidas por los autores de los artículos, poemas, u otras formas de expresión incluidas en este número.

Paradigmas

Género y desarrollo económico sostenible

Adelaida de la Calle Martín

¿Qué es esa cosa llamada lo femenino?

Isabel Jiménez Lucena

Una aproximación a lo femenino en María Zambrano

Isabel Balza

Del conocimiento

Ramón Muñoz-Chápuli

Perversas, feas, malvadas y seductoras
(las mujeres en el cine)

Sara Roma

La naturaleza corporal como mítica originaria del lenguaje
(O cómo hacer palabras con cosas)

José Calvo González

Mujeres invisibles

Catalina Lara

Isabel Serrano

Alejandro Díaz

Funambulismo en las vías

El Carro del Heno

EL ARTE SUCEDE

Antonio Heredia

LA POSE DEL OPIO

Óscar Carrascosa

Género y desarrollo económico sostenible

Adelaida de la Calle Martín

Dicen los sociólogos que el género es el conjunto de características psicológicas, sociales y culturales asignadas a las personas. Estas características son históricas y se van transformando con y en el tiempo. Se trata por tanto, de un concepto cultural que alude a la clasificación social en dos categorías: lo masculino y lo femenino. La perspectiva de género intenta explicar y comprender algunas de las más importantes problemáticas personales y sociales: la salud, la educación, el trabajo, etc. Incluir en el análisis político, económico y social la perspectiva de género significa tener en cuenta el lugar y el significado que las sociedades dan al varón y a la mujer en su carácter de seres masculinos o femeninos. Los atributos que esas sociedades dan a hombres y mujeres, entendidos como su manera de ver, sentir, vivir, pensar y actuar son diferentes. Tradicionalmente se han considerado como atributos de la mujer la debilidad o la sensibilidad mientras al hombre se atribuían la fuerza o la racionalidad. Por otra parte, los roles que ambos desempeñan, entendidos como tareas o papeles que una persona realiza en la sociedad, también son distintos. Los roles femeninos han estado asociados al ámbito de lo privado, al trabajo doméstico, a la crianza de la prole. Los roles masculinos, sin embargo, se vinculaban al trabajo fuera del hogar y al sustento económico de la familia. Y ambos, atributos y roles de mujeres y hombres conducen necesariamente a la creación de estereotipos que son ideas que se fijan y se perpetúan con respecto a las características que presuponemos propias de uno y de otro sexo.

Es evidente, que esas características psicológicas, sociales y culturales, cambiantes y transformables con el paso del tiempo son fruto de lo que denominamos procesos de socialización. Aprendemos a ser mujeres y hombres a partir de los comportamientos adquiridos en las distintas instituciones e instancias de nuestra sociedad. Entre ellas, la familia, la escuela, la religión, los medios de difusión social, los partidos políticos o el mercado de trabajo. Tanto en la familia como en la escuela se recibe todo un adiestramiento de género, a partir de interrelaciones, juegos, conductas sociales, modelos, normas, valores, creencias y aptitudes que imponen y legitiman lo femenino y lo masculino.

Acotados estos conceptos, desarrollaré otras ideas a partir de datos muy significativos: de los 1.300 millones de personas que viven en situación de pobreza más del 70% son mujeres, además las mujeres constituyen dos tercios de la población analfabeta mundial (600 millones) y, por último, la población femenina representa la mitad del electorado y solo ocupa un 10% de los escaños de los parlamentos del mundo y un 6% de los puestos en los gobiernos nacionales.

Las mujeres soportan una carga de trabajo mayor a la de los hombres, de la que sólo un tercio son actividades remuneradas. Con estos datos, señoras y señores, los atributos, los roles y los estereotipos a los que me he referido con anterioridad como características psicológicas, sociales y culturales que sirven para identificar el género deben ser cambiados.

El proceso de socialización debe dirigirse hacia otros objetivos y la familia, la escuela, los medios de comunicación, los partidos políticos y los agentes productivos, tienen la obligación de participar y propiciar un cambio social y cultural, que ha de conducir a la igualdad efectiva de hombres y mujeres a partir de la consagración de la igualdad de oportunidades. Pero los cambios no se producen de forma espontánea, los procesos de socialización han de venir dirigidos por una voluntad política clara. En este sentido, el cambio más importante ha tenido carácter normativo. La transformación más importante ha venido de la mano de la Constitución Española de 1978. Nuestra Carta Magna otorga a la igualdad un valor preeminente en nuestro ordenamiento jurídico y encomienda a los poderes públicos la obligación de promover las condiciones para que la igualdad sea real, removiendo los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud y faciliten la participación de todos los ciudadanos en la vida política económica, cultural y social. Treinta años después de su promulgación la igualdad entre hombres y mujeres sigue siendo un valor, un principio programático o una aspiración formal pero no un derecho efectivo, porque hay una sociedad desigual, que trata de forma diferente a hombres y mujeres que nacen iguales, pero a partir de ese momento, discurren por caminos diferentes que conducen a destinos también distintos.

Consideremos, de nuevo, algunos datos:

- El 70 % de las personas que perdieron su empleo en el mes de enero, en este país, fueron mujeres. La contratación de mujeres ha crecido más que la de los hombres en los últimos diez años, alcanzando el 43%, pero dos de cada tres contratos a tiempo completo se hacen a hombres. Por el contrario, en los contratos a tiempo parcial sucede justamente lo contrario, dos de cada tres contratos se hacen a mujeres.

- Respecto a las ocupaciones contratadas se sigue repitiendo el esquema de una estructura muy cercana a la tradicional división sexista del trabajo. Y por lo que se refiere a las retribuciones, las mujeres cobran menos que los hombres, haciendo el mismo trabajo que éstos.

- Los hombres copan el 82% de los puestos en los consejos de administración de las Cajas de Ahorro. Las mujeres son el 60% de los licenciados, pero representan sólo el 13% de los catedráticos. El 36% de los Diputados y Senadores son mujeres y sólo el 10% de los altos cargos de las Administraciones Públicas. El 54% de los alumnos matriculados en las universidades españolas y casi el 60% de los egresados son mujeres.

- Uno de cada cuatro directivos de empresas son mujeres. Curiosamente en los órganos de decisión a los que se accede por elección el número de mujeres es superior al de aquellos puestos de mayor responsabilidad en los que la forma de acceso se basa en la designación y mucho mayor al de aquellos puestos en los que esa decisión corresponde adoptarla a empresarios.

Se manifiesta, por tanto, una asimetría de género que nos separa en la educación, la formación intelectual y profesional, el acceso al poder político y económico y nos distancia en el acceso igualitario a las oportunidades de desarrollo social. Algo estamos haciendo mal. Las medidas normativas se tornan insuficientes. Los comportamientos sociales siguen respondiendo a atributos, roles y estereotipos que crean desigualdad a hombres y mujeres.

Las alternativas que se pueden plantear son varias:

- Profundizar en las reformas normativas.

En este sentido la Ley Orgánica de Igualdad entre mujeres y hombres es el mejor exponente. Esta ley tiene por objeto hacer efectivo el principio de igualdad de trato y de oportunidades mediante la eliminación de la discriminación de la mujer en cualesquiera ámbitos de la vida y singularmente en las esferas política, civil, laboral, económica, social y cultural. Para alcanzar esa igualdad de trato y de oportunidades en el acceso al empleo, en la formación y promoción profesionales y en las condiciones de trabajo, la ley establece un conjunto de garantías y una serie de medios, entre los que podríamos destacar los siguientes: la representación equilibrada de mujeres y hombres en los nombramientos y designaciones de los cargos que les correspondan, el acceso a la sociedad de la información en igualdad de condiciones, los planes estratégicos de igualdad de oportunidades, el desarrollo rural de forma equilibrada, la igualdad en los medios de comunicación social privados, etc.

- Otra de las alternativas debe ir dirigida a lo que denomino "**reinventar los procesos de socialización**", en la escuela, en la familia, en la universidad, en el trabajo, en los medios de comunicación, en los partidos políticos, en los órganos de decisión políticos y económicos.

- La tercera vía, estaría representada por la **integración de la perspectiva de género en todas las políticas e intervenciones en materia de desarrollo.**

Y permítanme una afirmación rotunda: ***Si no se introduce la dimensión de género en el desarrollo se pone en peligro el propio desarrollo.*** Y enlace aquí con el segundo concepto que marca el título de este artículo: el desarrollo económico sostenible.

En un informe de 1987 de la Comisión Mundial de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo se hacía referencia a la base del concepto de Desarrollo Sostenible. Fue la Declaración de Río la que fijó los aspectos básicos de este concepto:

- Crecimiento económico en beneficio del progreso social y desde el respeto al medio ambiente.
- Política social que impulse la economía de forma armónica y compartida.
- Política ambiental eficaz y económica que fomente el uso racional de los recursos.

Es cierto que el concepto de desarrollo sostenible es una desafortunada traducción del inglés y más correctamente debería hablarse de desarrollo continuable o perdurable, ya que el desarrollo no se sostiene en el tiempo ni se sustenta en el tiempo, más bien continúa o perdura en el tiempo. En cualquier caso la definición de desarrollo sostenible plantea la posibilidad de compatibilizar el crecimiento económico con la preservación ambiental, aumentando la productividad y con la equidad social, mejorando las condiciones de vida.

Dicho en otras palabras, siguiendo la reflexión realizada por la Fundación Iberdrola en sus cuadernos del foro de pensamiento actual: "el desarrollo sostenible exige un enfoque integral que incluye cohesión social, capacidad de crecimiento de los recursos materiales y gestión responsable de

recursos naturales. Es un delicado edificio sostenido sobre tres grandes pilares: el social, el económico y el ambiental. Pero además, para que estos cimientos sean sólidos deben asentarse en una base territorial (en el ámbito del municipio, la región o el país, pero teniendo en cuenta una perspectiva internacional. En un mundo económicamente global, también la cohesión social y la gestión de los recursos naturales debe enfocarse a escala mundial.

No obstante el desarrollo integral y el desarrollo sostenible son palabras que carecen de sentido en un contexto de desigualdad entre los seres humanos y muy especialmente de relaciones desiguales por razón de sexo. El estudio de esa desigualdad nos lleva a reflexionar sobre un proceso de desarrollo que ha evolucionado con el paso del tiempo. Si bien en los años cincuenta y sesenta, la mujer era aún vista como objeto pasivo, en el marco de la teoría del desarrollo. En los años setenta, las mujeres entran en el rol productivo y se las considera pilares del desarrollo económico. Más tarde, en los años ochenta se habla de las mujeres como sujetos de cambio y de lucha, convirtiéndose en agentes activos del desarrollo. No obstante, a pesar del importante papel que las mujeres desempeñan como contribuyentes activas al desarrollo socioeconómico en los sectores clave, han permanecido invisibles en la planificación. Por lo que el desarrollo les ha asignado un papel marginal. No se puede excluir a la mitad de la población y relegarla a un papel secundario. Ninguna sociedad avanzada se puede permitir el lujo de prescindir de la mitad de su capital humano, de la mitad de su talento, de la mitad de su fuerza de trabajo. Los derechos, responsabilidades y roles asignados a las mujeres difieren de las de los hombres. Tienen menor acceso a los recursos y a las oportunidades, tales como educación y formación, crédito y autoridad en la toma de decisiones. Por lo tanto, la desigualdad en el acceso a los recursos y a las oportunidades sociales obstaculiza la eficiencia económica y la sostenibilidad. La desigualdad persistente entre hombres y mujeres lleva a la sociedad a un menor nivel de productividad y por tanto a una necesidad de crecimiento económico.

Finalmente, formularé a modo de conclusiones las siguientes reflexiones finales: creo que es necesario fomentar el reparto del poder político y la participación plena e igualitaria en la toma de decisiones de hombres y mujeres. Estoy convencida de que el objetivo es alcanzar una igualdad, tanto en el acceso como en el control de los recursos económicos. Y es imprescindible garantizar la igualdad en el acceso al control sobre las oportunidades al desarrollo. No podremos hablar de progreso, ni de desarrollo sostenible si no es sobre la base sólida de la igualdad de derechos y de oportunidades entre mujeres y hombres.

Adelaida de la Calle Martín es Rectora de la Universidad de Málaga

¿Qué es esa cosa llamada *lo femenino*?

Isabel Jiménez Lucena

A modo de paráfrasis, la utilización de la obra de Alan F. Chalmers *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* para titular unas páginas que pretenden ser una reflexión sobre la ciencia y "lo femenino", no es sólo una cuestión de forma sino también de fondo. En el libro de Chalmers se muestra la pluralidad como característica de la(s) ciencia(s) frente a una construcción arquetípica de la(s) misma(s). Trata de acercarse al conocimiento de algo que ha llegado, en un momento histórico y un marco sociocultural concretos, a constituirse en un modelo ideal, en una fuente de verdad presupuesta. La expresión -¡pero ¿qué es esa cosa llamada...?!- es un grito que despierta la conciencia acerca de una realidad ambigua, compleja, y pretende comprenderla y explicarla.

El entendimiento de "lo femenino" no es posible sin pensar que el proyecto patriarcal de establecer y fijar relaciones de poder entre hombres y mujeres, que dieran a algunos hombres el control de toda la humanidad, ha necesitado legitimación para el mantenimiento a largo plazo de dichas relaciones. Para esto ha sido imprescindible la construcción de *lo femenino* frente a *lo masculino* (junto a otros "hechos diferenciales" de clase, raciales, etc.) Y en ello la ciencia ha jugado un papel muy relevante a lo largo de la historia de occidente; es más, en los últimos cuatro siglos se ha hecho protagonista, relegando a papeles secundarios a otros agentes como la religión o la moral.

Los estudios críticos centrados en la ciencia como objeto de análisis, que vienen realizándose desde la década de los sesenta del pasado siglo, han puesto de manifiesto hasta qué punto el conocimiento científico está estrechamente relacionado con la construcción y la legitimación de los estereotipos de género; mujeres y hombres han sido vistos y mostrados de forma dicotómica: desde el varón caliente y seco (lo que le confería inteligencia), y la mujer fría y húmeda (que le imposibilitaba para cualquier pensamiento profundo) de la fisiología galénica, hasta el varón racional, fuerte, dinámico (capaz de cualquier actividad que suponga llevar el control y dominar) y la mujer supersticiosa, sentimental, pasiva (incapaz de controlar su propio cuerpo, a la deriva en un mar de hormonas, nervios y sangre), la ciencia ha elaborado conocimiento generizado, a la vez que ha sido elaborada desde una ideología de género que ha considerado unas veces de forma negativa, otras de forma subordinada, todo lo relativo a las mujeres.

¿Cómo es posible que un conocimiento del tipo que define Chalmers haya contribuido de una manera tan significativa a fijar, a hacer aparecer como inmutable, arquetipos como la feminidad? ¿Quizá se ha entendido que fijando como conocimiento válido, en términos de una objetividad absoluta, determinadas cuestiones de máxima relevancia para el funcionamiento del sistema social, como la división sexual del trabajo, se fija como conocimiento verdadero a sí mismo? Un proyecto de la ciencia moderna, esa que surgió con la revolución científica en el siglo XVII, y del marco filosófico que la fundamenta, ha sido la construcción y legitimación de la diferencia sexual. La ciencia procura y elabora observaciones pero también las filtra, y a través de estos mecanismos propios del trabajo analítico, de simplificación, del método científico-natural ha construido esquemas de contraste que establecen las diferencias sexuales como si se tratasen de compartimentos estancos. Si alguien quiere conocer en detalle cómo se ha desarrollado este proyecto puede acudir a la ya clásica obra de Thomas Laqueur "La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los Griegos hasta Freud" o a la más reciente "Cuerpos sexuados" de Anne Fausto-Sterling.

Por otra parte, Chalmers combate una ideología de la ciencia que usa conceptos de ciencia y de verdad para fijar, para someter, para negar. Con estas reflexiones pretendo combatir una ideología de género que fija dominaciones y subordinaciones, donde *lo femenino* funciona como algo que está probado, y por tanto, se constituye en "el eterno femenino", en arquetipo.

La feminidad como rasgos morfológicos y psicológicos que definen a una mujer, hace referencia a conductas públicas y privadas que se consideran preceptivas para los individuos de sexo biológico femenino y se estigmatizan socialmente en los de sexo biológico masculino. Por tanto, lo que llamamos femenino (caricatura, como todo estereotipo, basada en el arquetipo de la feminidad) se asocia al cuerpo de "la mujer".

El "eterno femenino" se centra en el cuerpo, en lo inmutable (y, por tanto eterno) del cuerpo, de la biología. ¿Es lo femenino, por tanto, un patrón de conducta determinado biológicamente? Sin duda, éste es un deseo androcéntrico que se fundamenta en un cuerpo pretendidamente inmutable, y en el supuesto de una biología que determina el destino. Lo femenino se ha construido en base a diferencias anatómicas, biológicas, porque es la mejor manera de naturalizarlo, y, así, fijarlo; porque se sigue pensando de forma hegemónica que lo natural es lo dado, lo inalterable, previo a cualquier presupuesto. Pero si echamos un vistazo a la historia de lo natural, a la historia del cuerpo, vemos que son objetos extremadamente cambiantes. Y que la propia distinción entre naturaleza y cultura es un hecho cultural en sí mismo, como vienen mostrando disciplinas englobadas en los Estudios de la Ciencia. Sin embargo, el mantenimiento de esa distinción, que según algunos autores sería producto de la inercia, sigue haciendo exitosa, en tanto que no cuestionable, las expresiones que sostienen que hombres y mujeres somos diferentes por naturaleza, y con ello, en muchos casos, se quiere justificar situaciones de desigualdad, segregación y discriminación.

Frente a estas concepciones todo un corpus de conocimiento plantea que la feminidad y la masculinidad no son propiedades de los individuos, sino que están performadas y, por tanto, se pueden reproducir o subvertir individual y colectivamente. El hecho de que el género sea performativo quiere decir que los sujetos generizados (femeninos o masculinos) se conforman, tanto psicológica como físicamente, mediante la repetición de prácticas fundadas en nociones y normas sociales, que se presentan como hechos naturales, teniendo como objetivo regular y legitimar las "identidades". De esta forma, el cuerpo es un ente social; tanto como biológico. Así, se rompe la dualidad naturaleza/cultura que ha marcado buena parte del pensamiento occidental.

El reconocimiento de que "lo femenino" es una construcción social, que como tal es real pero dinámica, sometida a variaciones condicionadas por esa misma realidad construida, lleva a que se pongan de manifiesto las distintas interpretaciones que se han elaborado, y siguen elaborándose, sobre lo femenino.

Las reconceptualizaciones llevadas a cabo desde distintos ámbitos disciplinares y teóricos quieren estar más próximas a las experiencias vividas y sentidas, y, por eso, se habla de feminidades y masculinidades. Ahora bien, desde mi punto de vista, cuando se proclama el autoconocimiento como fuente de liberación habría que plantearse: autoconocimiento sí, pero ¿bajo qué preceptos? A estas alturas no podemos pensar que exista una observación, ni siquiera de sí misma, libre de valores. Valores que configuran un guión que nos dice cómo tenemos que interpretar las observaciones de nuestro propio cuerpo. Y, por ello, tenemos que considerar que lo femenino, tan "científicamente" imbricado con nuestro cuerpo, tiene efectos reguladores y es un poderoso instrumento de control de las mujeres. En la producción y gestión de cuerpos disciplinados, dóciles, manipulables, lo femenino ha jugado y juega un papel principal.

Lo femenino se ejerce bajo distintos grados de presión social que obligan a representar el papel de "mujer". Lo femenino constituye la visibilización de lo conveniente, lo apropiado, frente a lo inconveniente, lo inapropiado, tanto social como psíquica o físicamente, para una mujer. Cuando nos referimos a un comportamiento femenino hacemos referencia a un ideal, no a la experiencia real. Lo femenino pretende definir un ser, una esencia, no un estado.

Pero esa cosa llamada la feminidad es muy diversa y, por tanto, lo femenino no existe como entidad única e inmutable, absolutamente limitada por la biología. Por eso conviven una feminidad hegemónica, simbólicamente subordinada a la masculinidad, y feminidades subalternas que, de una u otra forma se resisten a esas sujeciones. En el mejor de los casos, los conocimientos dominantes presentan esas opciones ordenadas jerárquicamente. Pero, hay que decir que unas incorporan elementos y comparten características de otras. Así, frente a ese tipo de construcción simbólica subordinada de lo femenino, criticada por distintas corrientes de análisis, se erige una valoración de lo femenino como una "verdad otra", como subversión de las relaciones de poder, no como sujeto normativo sino como configuración múltiple.

Tanto las representaciones al uso, como las propuestas de reinterpretación de lo femenino para constituirlo en agente desestabilizador, o las que propugnan la superación de los opuestos masculino/femenino, muestran el artificio de "lo femenino". ¿Qué es, entonces, esa cosa llamada *lo femenino*? Lo que queramos que sea, diría yo, aún sabiendo que el conjunto de posibilidades no es infinito, ni material, ni estructural, ni simbólicamente, pero sí es tan amplio como para permitirnos disponer de opciones no-sexistas, no-clasistas, no-racistas, cuya elección contribuya a una ciencia que contenga y refleje lo mejor de lo humano.

Una aproximación a lo femenino en María Zambrano

Isabel Balza

Voy a examinar la posición de Zambrano ante la cuestión de lo femenino. Son conocidas las declaraciones de la filósofa apartándose del movimiento feminista de la época, así como su rechazo a ser considerada una "pensadora". Sin embargo, no puede negarse la presencia en Zambrano de una preocupación por los temas relacionados con el género, que se plasma en varios escritos vinculados con esta cuestión¹. La primera serie de artículos sobre la mujer aparece en el periódico de Madrid *El Liberal*, en la sección "Aire libre", en una columna titulada "Mujeres", a partir del 28 de junio de 1928. Son una serie de 15 artículos publicados casi semanalmente, y los temas tratados son de carácter social. Zambrano repasa en estos artículos algunas preocupaciones del feminismo como son: la participación de la mujer en la vida pública; la explotación de la mujer por parte del hombre; su condición de objeto; la necesidad de la emancipación económica como primer paso -necesario, pero no suficiente- hacia la liberación y libertad de las mujeres; la situación de las mujeres obreras o la violencia de género. Años más tarde y ya en el exilio, en 1940, Zambrano dictó una serie de conferencias en La Habana sobre la situación de la mujer en la historia, conferencias que fueron recogidas en dos artículos publicados en la revista *Ultra*. Los otros textos que nos sirven para analizar la posición de la filósofa

ante la cuestión del género y lo femenino son ensayos dedicados a estudiar diversas figuras femeninas, ya sean personajes de ficción -caso de las mujeres de Galdós-, ya sean mujeres reales. En estos textos Zambrano se plantea distintas cuestiones vinculadas a pensar lo femenino, y a lo que significa ser mujer. Estas mujeres de Zambrano, sobre las que más o menos escribe, son Safo, Eloísa, Sor Mariana Alcoforado, Diótima de Mantinea, Antígona, Lucrecia de León, las mujeres de Galdós -Nina, Tristana, Fortunata e Isidora-, Beatriz, Juana de Arco, Catalina de Siena, Bernardette y Simone Weil.

Para Zambrano la filosofía presenta un género neutro. De este modo pueden interpretarse las repetidas ocasiones en que Zambrano insiste en sus prólogos e introducciones en referirse a sí misma como *autor* y no *autora*, esto es, utilizando el género no marcado. Recordemos que para Zambrano lo escrito, constituyendo un trabajo de la palabra, no pertenece en rigor al sujeto concreto que lo forjó, ya que éste es sólo una epifanía de la palabra, que en el trabajo del escribir se trata de trascender. Por ello puede afirmar que el escritor o autor presenta un género neutro, es decir, un género más allá de la diferencia sexual. En este sentido, podemos intuir que Zambrano piensa al sujeto filosófico

1. Estos textos son: "Mujeres", serie de 15 artículos publicados en *El Liberal* de Madrid 1928; "Conferencias de María Zambrano en La Habana: "La mujer de la cultura medioeval", "La mujer en el Renacimiento", "La mujer en el Romanticismo", *Ultra*, La Habana, nº 4, abril-mayo 1940, pp. 275-278 y 367-368; "Mujeres de Galdós", *Rueca*, México, nº 4, otoño 1942, pp. 7-17; "Eloísa o la existencia de la mujer", *Sur*, nº 124, Buenos Aires 1945; "A propósito de la "Grandeza y servidumbre de la mujer" [de Gustavo Pittaluga]" (fechado en 1946), *Sur*, Buenos Aires, nº 150, abril 1947, pp. 58-68; "Delirio de Antígona", *Orígenes*, nº 18, La Habana 1948, pp. 14-21; "Nina o la misericordia", *Ínsula*, Madrid, nº 151, junio 1959, p. 1; *La tumba de Antígona*, Siglo XXI, México 1967; "Diótima de Mantinea" (escrito en 1979), *Litoral*, Málaga 1983; "La doncella y el hombre. La pérdida de España", en *Sueños y procesos de Lucrecia de León* de E. Simons y J. Blázquez, Tecnos, Madrid 1987, pp. 11-19; "Tristana-El amor (fechado en 1970)", en *La España de Galdós*, Taurus, Endimión, Madrid 1989, pp. 145-175.

como una suerte de ser transgenérico, que ha traspasado las diferencias sexuales y ajeno, por lo tanto, a la división dualista de los sexos. No obstante, no olvidemos que para Zambrano lo escrito guarda y mantiene la huella del sujeto que lo produce bajo forma de *balbuceo*, es decir, en el estilo del texto. Por ello la producción filosófica mantendrá la huella del sexo de quien lo escribió. En todo caso, si Zambrano justifica teóricamente la no discriminación para las mujeres del terreno filosófico, ello no impide que sí piense las diferencias entre los sujetos masculinos y los femeninos, y sus avatares históricos.

En 1945 Zambrano publica un artículo titulado "Eloísa o la existencia de la mujer". Además, en 1946 escribe la reseña del libro de Gustavo Pittaluga *Grandeza y servidumbre de la mujer*, publicada en 1947. Y en 1940 ha dictado una serie de conferencias en La Habana, cuyo tema era analizar la situación histórica de las mujeres. En estos textos Zambrano debate una cuestión: la posible existencia metafísica u ontológica de las mujeres. Y defiende una tesis: las mujeres han tenido una existencia poética frente a la existencia ontológica privativa de los varones. Zambrano entiende que las mujeres no han alcanzado un lugar a lo largo de la historia, es decir, que no pertenecen al curso objetivado de los acontecimientos reseñados. La Historia, siendo un modo de la objetividad, no ha sido espacio posible para las mujeres, afirma Zambrano. Frente a este espacio histórico, las mujeres ha ocupado un espacio subterráneo o escondido. Frente al lugar objetivo del hombre en la historia y en el mundo, la mujer ocupa un lugar subterráneo, lugar que es rescatado por la poesía. Por ello, Zambrano formula una nueva dicotomía, en este caso, asocia el logos y la razón con el hombre, y la poesía con la mujer. Ello se entiende si recordamos que el discurso poético es para Zambrano aquel ejercicio de la razón que se ocupa de todo lo que el discurso racional o científico desecha: lo que en la autora aparece englobado bajo el término entrañas: lo escondido, lo oculto, aquello en definitiva que no ha alcanzado ser.

Las dicotomías que Zambrano elabora en el artículo de 1945 son varias: hemos visto que el hombre tiene una existencia ontológica frente a la existencia poética de la mujer; la objetividad es patrimonio masculino, frente a la subjetividad femenina; además el hombre es el poseedor del logos, y la mujer sede de lo

poético. Todo ello se resume con dos categorías que Zambrano utiliza a lo largo de toda su obra: sagrado y divino. El hombre se asocia con lo divino, que recordemos era lo vinculado con el logos y la palabra, aquello que tiene una existencia concreta; y la mujer se asocia con lo sagrado, esto es, con lo que no ha alcanzado ser, con aquello desterrado del concepto. La negación de existencia metafísica para las mujeres significará que la mujer es sagrada en el sentido en que queda desterrada del concepto, fuera de la palabra, sin lugar en la razón. A las mujeres se les ha negado lugar racional, y ello las ha arrojado al estatuto irracional que muchas veces han presentado a lo largo de la historia. Ello, dirá Zambrano, se aparece bajo forma de brujas, hechiceras, mujeres monstruosas, enajenadas y malditas.

Zambrano defiende que la mujer no ha tenido modo de existencia ontológica, pero sí analiza una manera específica de existencia para las mujeres. Este modo de existencia y de expresión femeninos lo encuentra Zambrano en el *amor*. La tesis de la autora es que si bien las mujeres han sido seres dependientes de la existencia masculina -tema central de *El segundo sexo* de Beauvoir-, y que sólo a través del ser de los hombres han hallado estatuto de sujetos, las mujeres también han sido "algo por sí mismas". Este modo de ser propio de las mujeres es el amor. Y hay dos géneros de expresión amorosa: la poesía, cuya representante máxima es para Zambrano Safo; y el epistolario, cuya representante es Eloísa². Para Zambrano la expresión del amor y de ese modo de acceso a la existencia es fruto de la desventura, pues "el amor que se expresa es el amor desventurado", dice Zambrano en el artículo arriba citado. La tesis que mantiene es que la expresión de la mujer, sea poética o epistolar, revela que lo que en ella predomina es el alma, frente al espíritu, propio del ser del hombre. El alma que se refiere en Zambrano al ámbito preteórico o de aquello que aún no ha accedido a la palabra, pero que la sostiene. Alma, lo sagrado, las entrañas, estos son los términos con los que Zambrano define a las mujeres. Las mujeres han sido arrojadas y expulsadas del concepto, no teniendo cabida en él. Pero por ello mismo su ser se ha mostrado bajo las distintas figuras terribles de los mitos y de la historia.

Zambrano entiende que la definición de ser humano contiene sólo al varón, y que la mujer queda

². También menciona Zambrano a Sor Mariana Alcoforado, la monja portuguesa del siglo XVII.

fuera de los límites del concepto de sujeto humano. Por ello el ser femenino sólo adquiere existencia en tanto que depende del hombre. Esta crítica es una de las tesis desarrollada más tarde por la teoría feminista. En el caso de Zambrano, su análisis se dirige a estudiar qué ha ocurrido con esos semiseres femeninos rechazados del concepto de lo humano. Las mujeres posesas o hechizadas, dice Zambrano, se encuentran en una situación errabunda, sin lugar ni en la vida ni en la muerte. Sólo la poesía rescata esos medio seres no humanos, dándoles existencia poética. A Zambrano le interesan esas figuras femeninas errantes que aparecen en los mitos y relatos bajo forma de hechiceras y brujas, mujeres malditas. Lo que Zambrano señala es que la situación de las mujeres expulsadas del concepto de lo humano y, por lo tanto, malditas y cercanas al estatuto de lo monstruoso, se revela como una situación privilegiada para desvelar notas del sujeto que en la mera definición del sujeto humano identificada con el varón habían quedado ocultas.



Zambrano distingue entre estas mujeres abyectas, expulsadas de la categoría de lo humano, dos estirpes. La estirpe de Eloísa o de las "amantes desgraciadas o desdichadas", "amantes sin amor" que no quieren perder su dolorido sentir y se aferran a él haciéndolo suyo para siempre. Y la estirpe de Antígona, la de las "doncellas muertas" o "vírgenes intactas". Sobre Eloísa dejó escrito este texto de 1945. A Antígona le dedicó un libro en 1967, *La tumba de Antígona*, donde continúa la historia de Antígona en el punto en el que la dejó Sófocles, en su tumba enterrada viva. La hazaña de Eloísa es para Zambrano la de actualizar una posibilidad para la realidad y existencia de las mujeres por medio de su pasión. La Antígona enterrada viva en su tumba, doncella que va a morir sin haber actualizado su posibilidad, representa para Zambrano todo aquello escondido y oculto que cada sujeto tiene en su conciencia. Antígona es imagen del alma, en tanto que representa lo oculto o no revelado todavía. Si Eloísa actualiza con su padecer un rasgo que permanecía oculto para las mujeres, Antígona parece encontrarse en el centro mismo de lo oculto, y rescatar de su silencio un modo otro de tratar con lo real. La enseñanza de Antígona es la de una nueva ética: una ética de la *piEDAD*. Frente a la ética de la justicia que Creonte representa, Antígona muestra un modo otro de vínculo con la realidad. El anhelo de Antígona es el de hallar una justicia piadosa, y así, sin renunciar ni desplazar a la justicia, añade un nuevo rasgo a la ética de la ciudad.

Isabel Balza es Profesora Titular de Filosofía Moral de la Universidad de Jaén

Del conocimiento

Ramón Muñoz-Chápuli

Mediodía en una facultad imaginaria. Una profesora (o profesor, no es este un detalle relevante en esta historia) lee un libro sentada en un banco. Un alumno (o alumna, para el caso es lo mismo) se acerca.

A. Perdona, ¿le importa que me siente? Tengo sólo media hora para comer antes de volver a clase.

P. No, adelante, estaba aprovechando este rato para leer al sol. Hace un día muy agradable.

A. ¿No se acuerda de mí?

P. Sí, la verdad es que me suena tu cara... Te he dado clase, ¿no?

A. Sí, en primero. Una asignatura estupenda, me gustó mucho la forma que tenía usted de hacernos razonar.

P. Pues muchas gracias, me alegro. Y ¿cómo te va?

A. Bien, con el lío de las clases, prácticas y ahora sobre todo los trabajos...

P. Os estamos pidiendo muchos trabajos, ¿no?

A. Sí, con esto del espacio europeo no paramos... Ahora precisamente he terminado uno sobre la Sociedad del Conocimiento.

P. ¿Y eso qué es?

A. Bueno, se supone que es la sociedad del futuro, en la que el conocimiento será uno de los activos más importantes, más aún que los tradicionales capital y trabajo.

P. Y yo que pensaba que todavía estábamos en la Sociedad de la Información...

A. Al parecer esta es la cuestión. La expresión "Sociedad del Conocimiento" fue acuñada por un tal... (hojea el trabajo) Peter Drucker en 1969, y se plantea como un ideal, una meta. Se parte de que no es lo mismo "información" que "conocimiento". La información es exterior al individuo, se puede almacenar de forma automática y es pasiva. El conocimiento es interno, exclusivamente humano, toma forma cuando la mente asimila y organiza la información. El conocimiento además conduce al individuo a la acción.

P. ¿Y qué ventajas encontraremos en la Sociedad del Conocimiento?

A. Precisamente su importancia como factor productivo. En un mundo globalizado y competitivo, el conocimiento será algo esencial para el progreso económico y social.

P. ¿Y nada más?

A. ¿Le parece poco?

P. Pues sí. Yo creo que el conocimiento es muchísimo más. Fíjate como los filósofos de todas las épocas, que nunca prestaron mucha atención al sistema productivo (salvo los marxistas, claro está), dieron una importancia fundamental al conocimiento humano. La Epistemología, una de las ramas más importantes de la Filosofía, es precisamente Teoría del Conocimiento.

A. ¿Para qué más nos puede servir entonces el conocimiento?

P. Piénsalo. No podemos apropiarnos de toda la información disponible, que ya sabes que es inmensa. Por tanto, tenemos que seleccionar aspectos concretos del saber. Esa selección del conocimiento nos hace diferentes, contri-

buye a nuestra identidad individual y nos proporciona un bagaje que nos relaciona con los demás. El conocimiento nos hace menos vulnerables al adoctrinamiento y la manipulación, dos prácticas para las que siempre resultan ideales las masas homogéneas. El conocimiento nos hace fuertes frente al engaño. Un mayor conocimiento evitaría que se estén anunciando y vendiendo productos a los que se atribuyen cualidades terapéuticas sin haber pasado por ningún ensayo científico o clínico. Resquicios legales, como la consideración de "complementos dietéticos" son utilizados para esto sin escrúpulos, mientras las autoridades de sanidad y consumo miran para otro lado.

A. Bueno, suelen ser productos sin efectos secundarios.

P. Sí, pero se defrauda la buena fe de personas, muchas veces de escasos recursos, que confían en vano que esos productos les solucionen problemas de salud. Pero hablando de salud, resulta que conocer es saludable. El que sabe, maneja mejor su cuerpo y su vida, ¿sabes que hay una correlación positiva entre conocimiento y longevidad? Además está bien establecido, sobre una base fisiológica, que la actividad mental prolonga las capacidades y retrasa el envejecimiento cerebral. El conocimiento además nos explica nuestro mundo y a nosotros mismos, algo esencial para los que nos hacemos preguntas y no encontramos respuesta en las religiones. Por si todo esto fuera poco, conocer nos permite disfrutar más del arte y la belleza. El disfrute que obtenemos de un cuadro o una pieza musical es muy superior cuando nuestra percepción estética se apoya sobre una base de conocimiento.

A. (Ha aprovechado el discurso para acabar su bocado). Aprender forma parte de nuestra naturaleza humana...

P. Y más allá. Forma parte de nuestra naturaleza animal. Como en los demás mamíferos, nuestra corteza cerebral experimenta en la primera etapa de la vida un lento proceso de maduración que depende de las experiencias que adquirimos. En este periodo de aprendizaje todos los jóvenes mamíferos "juegan", es decir, experimentan continuamente con su entorno. Habrás observado la continua actividad exploradora de los cachorros de perros o gatos, pero quizá no hayas reparado en que esto no sucede en animales que no sean mamíferos. En nuestro grupo animal, los cuidados parentales (lactancia, vigilancia, etc.) permiten esta adquisición de experiencias y mecanismos de respuesta frente a los problemas que se nos presentarán a lo largo de nuestra vida. Esta es una de las dimensiones más importantes de esa compleja cualidad que denominamos inteligencia. El conocimiento, por tanto, desarrolla la inteligencia y la capacidad de enfrentarnos a problemas.

A. Sí, pero yo creo que no se es más feliz por saber más.

P. Estoy de acuerdo, en parte. La felicidad es un estado complejo de definir. Si basamos nuestra felicidad en la búsqueda de respuestas, en el equilibrio interior o el autoconocimiento, es posible que la sabiduría nos acerque a nuestra meta. Pero el conocimiento también puede desasosegarnos y aflojar los lazos que nos unen a nuestro entorno personal. Saber además en qué estado está el mundo, la geografía de las guerras, la catástrofe que viven muchas zonas de África, no constituye precisamente la mejor fuente de satisfacción. Conocer es también "compadecer", ser sensible al sufrimiento de los demás.

A. Bueno, digamos que al menos conocer nos completa, y se ajusta a nuestra naturaleza humana y animal, a nuestra sed natural de conocimientos. Si es así, todo lo que nos lleve hacia la "Sociedad del Conocimiento" será bueno ¿no?

P. La experiencia me hace desconfiar de las etiquetas de moda. Fíjate como ciertas palabras como "Innovación", "Excelencia", "Sostenibilidad" o "Dinamización" se utilizan para legitimar o al menos dar valor a la frase en la que se han incrustado. Sin embargo, no creo que en los discursos actuales la etiqueta "Sociedad del Conocimiento" ten-

ga el significado amplio del que antes hablábamos. En muchos casos se confunde el medio con el fin, se identifica "Sociedad del Conocimiento" con el simple uso de ordenadores. Sí, estos maravillosos cacharros nos permiten acceder a la información y almacenarla, pero como tú has dicho...

A. El conocimiento es algo exclusivamente humano, no tecnológico.

P. Exacto. Por otro lado, observa la frecuencia con la que los poderes, públicos o privados, han mostrado desconfianza hacia el conocimiento. Y viceversa, muchos de los que se han enfrentado a poderes considerados como injustos han tenido al conocimiento como una forma de oposición. Los ejemplos son numerosos a lo largo de la historia. Los revolucionarios franceses redactaban artículos de la Enciclopedia como una forma de ataque directo al absolutismo. Al mismo tiempo, la Sociedad Lunar en Birmingham aunaba el pensamiento liberal con el ansia de conocimiento científico. Ya en pleno Romanticismo, un grupo de intelectuales en Nueva Inglaterra, sobre todo Emerson y Thoreau, desarrollan el pensamiento crítico y antidogmático, y el segundo crea el concepto "desobediencia civil". Por desgracia aquí soplaban otros vientos. En esa misma época, nuestro último rey absolutista, Fernando VII, era halagado por un sumiso rector español con aquella célebre frase: "lejos de nosotros, Majestad, la funesta manía de pensar". Afortunadamente, a finales del XIX regeneracionistas y krausistas ponían todo el énfasis en la educación y el saber. Un movimiento trágicamente truncado por la guerra civil, durante la que otro rector mucho más digno que el anterior de ser recordado por su pensamiento libre, Miguel de Unamuno, tenía que escuchar en Salamanca aquel infame "¡Muera la inteligencia!" proferido por el general Millán Astray...

A. Pero la sociedad de hoy es diferente, es democrática, está regida por poderes públicos que, aunque no sea más que por interés electoral, intentan dirigir la política en la dirección correcta.

P. No te lo niego, pero muchas veces esa dirección está condicionada por intereses poco claros, prácticamente invisibles. Hay síntomas preocupantes.

A. ¿Por ejemplo?

P. Podría hablarte de la alianza entre la Ciencia y el Estado que denuncia el filósofo Paul Feyerabend y que ha despojado a la primera de buena parte de la independencia y el espíritu crítico que tuvo en los siglos XVIII y XIX. Pero te voy a poner un ejemplo más cercano, que nos afecta directamente a los universitarios. Sabes que la universidad es y ha sido siempre una institución esencial a la hora de crear y transmitir conocimientos.

A. Y lo seguirá siendo en el futuro. No puedo imaginar lo contrario.

P. Sin embargo, en los últimos años se nos insiste en la necesidad de pasar de una "enseñanza basada en conocimientos" a una "enseñanza basada en competencias". Algo paradójico, dado el supuesto interés por encaminarnos hacia la "Sociedad del Conocimiento".

A. Bueno, esto se debe a lo de Bolonia y el Espacio Europeo de Educación Superior. Hay que hacer cambios para converger con Europa.

P. Es curioso cómo esto se da por hecho... En realidad, la Declaración de Bolonia y otros documentos posteriores que sirven de referencia al EEES no hacen la menor alusión a cambios en los métodos docentes, sino que se ocupan de que la diversidad de titulaciones y calificaciones no sea un obstáculo para la movilidad de los estudiantes y el empleo de los titulados europeos. Por eso se trata de establecer un sistema común de títulos (Grado y Posgrado, como sabes), y una unidad de cuenta (el crédito europeo) que facilita la comparación entre expedientes académicos.

A. Sí, pero luego está lo de las tutorías, los trabajos personales...

P. Esto es lo que se atribuye al "Espacio Europeo", cuando sobre todo es un intento de transplantar modelos anglosajones a nuestras aulas, sin los medios ni la tradición de las Universidades donde se aplican. Se nos dice que es el momento de cambiar el énfasis docente desde el conocimiento (el saber) hacia la competencia y la destreza (el saber hacer). Es un enfoque utilitarista, que valora los conocimientos en función de su aplicabilidad.

A. Entonces, ¿está usted en contra del conocimiento aplicado?

P. Todo lo contrario, no estoy en contra de ninguna forma de conocimiento. Estoy en contra de que se opongan conocimientos y competencias, como si fueran entidades pertenecientes a esferas distintas. Se crea una falsa oposición entre estos dos conceptos, y luego se identifica "conocimiento" con el pasado, "competencia" con el futuro. Es un truco que funciona muy bien. Sin embargo, yo creo que la enseñanza es conocimiento integral, sin apellidos. Por supuesto que el conocimiento debe incluir la capacidad de localizar la información relevante, organizarla, darle sentido, transmitirla y, eventualmente, aplicarla. Si no, no será un auténtico saber. El estudiante que adquiere un conocimiento integral alcanza por sí mismo la competencia, en todos los sentidos de la palabra.

A. ¿Prefiere usted seguir limitando la enseñanza a las clases magistrales?

P. No me interpretes mal, nuestro mayor reto debe ser haceros mucho más activos a la hora de aprender. Debemos evitar por todos los medios la pasividad a que conduce transcribir apuntes al dictado (o peor aún, fotocopiarlos) y repetirlos de memoria en un examen. Pero la insistencia en aplicar un método docente concreto me recuerda lo que escribe Feyerabend acerca de la investigación científica. Para este filósofo, todo intento de definir un método científico único y universal solo conseguirá restringir la capacidad de acción de los investigadores. En su famoso ensayo *Contra el método* afirma que si a pesar de todo alguien exige una regla, un principio metodológico, él sólo puede proponer uno: Todo vale (anything goes, título de una estupenda canción de Cole Porter). Podemos aplicar la misma idea a la enseñanza y proponer que el enseñante, como el científico, sea un "oportunistas del método", que conozca y sea capaz de utilizar todas las posibilidades, todos los recursos (lo que ahora se llaman "metodologías", otra etiqueta de moda). No caigamos en el error de pensar que un simple cambio de método, por ejemplo sustitución de clases por trabajos, supone por sí mismo un avance. Podemos pedir que hagáis trabajos, sin duda, pero exigiendo calidad y dedicando muchas más horas de nuestro tiempo que las que se nos reconocen oficialmente. Si no tutorizamos la marcha de vuestros trabajos, los devolvemos corregidos y volvemos a corregirlos todas las veces que sea necesario, al final caeréis en la rutina del "copiar/pegar", sin la menor apropiación de la información, sin haberla transformado en conocimiento. ¿Has oído hablar de "El compromiso de Horacio"?

A. ¿El de CSI Miami?

P. No, cielos, no... Horacio es un personaje imaginario creado por un pedagogo estadounidense, TheodoreSizer, para hacer una crítica del sistema escolar americano. Se trata de un profesor de escuela secundaria quemado por la falta de medios, la falta de interés de sus alumnos, una burocracia asfixiante, etc. Horacio comprende que en estas condiciones la enseñanza degenera hacia un compromiso tácito entre profesores y alumnos. Unos y otros se dicen mutuamente "no me exijan ustedes demasiado (como profesor, como alumno), y yo no les causaré mayores problemas". Este compromiso es una auténtica amenaza para el saber y la formación, y puede establecerse en cualquier sistema educativo, con cualquier método docente, sea el más tradicional o el más innovador. El compromiso de Horacio es el peligro, y no la utilización de un método docente u otro.

A. Quizá tenga usted razón, pero me parece que los tiros no van a ir por ahí.

P. Puede que sí o puede que no, pero esta es mi opinión. Estamos aquí para enseñar y aprender, y para esto nece-

sitamos autonomía, autoexigencia, y no perder el tiempo en una burocracia muchas veces inútil. Pero sobre todo, no podemos restar valor al conocimiento en la propia institución que tiene por misión crearlo y transmitirlo a la sociedad. Si queremos construir una Sociedad del Conocimiento, y ya te he dicho que esto debe ser ahora tan importante para nosotros como lo era para los filósofos griegos, los ilustrados o los regeneracionistas, hay que dar valor al saber. Hay que hacer un esfuerzo real que no se quede en discursos autocomplacientes y llenos de etiquetas. Hay que cambiar los modelos. ¿Qué modelos son los que la sociedad os ofrece ahora a los jóvenes? ¿Quiénes son los triunfadores, los que marcan la tendencia?

A. Deportistas, modelos de pasarela, actores, cantantes...

B. Todo perfectamente respetable, pero nada especialmente vinculado con el conocimiento. No, lo siento, no veo interés especial por poner en valor el conocimiento a todos los niveles de la sociedad.

A. Al menos vivimos en una sociedad libre. Nos podemos relajar un poquito, ¿no?

P. En eso tienes razón, pero sólo en parte. El siglo XX tampoco tenía que temer nada del absolutismo monárquico, y sin embargo conoció dictaduras crueles y guerras devastadoras. Nuestro entorno geográfico y político en el XXI probablemente estará vacunado contra esos peligros, pero las amenazas que vengan pueden ser mucho más sutiles.

A. ¿Por ejemplo?

P. La dictadura del pensamiento único, de lo "políticamente correcto". La incapacidad de criticar cualquier consigna que venga de los "expertos" (esa amenaza para una sociedad libre, por citar de nuevo a Feyerabend). La renuncia a elaborar juicios propios, a desarrollar opiniones diferentes a las del grupo al que queremos pertenecer. La pérdida del individualismo crítico, del libre-pensamiento. Que la circulación de ideas se produzca exclusivamente "de arriba abajo". Eso sí, todo en un ambiente perfectamente democrático y liberal.

A. Creo que exagera. De todas formas me quedo con algunas ideas. Incluso, creo que voy a añadir algunas a mi trabajo. La verdad es que lo había copiado de la Wikipedia... ¡Gracias por la charla!

P. Gracias a ti, por escucharme. Vuelvo a mi lectura. ¿Sabes? Los jóvenes siempre habéis buscado expresar vuestra rebeldía y construir vuestra propia identidad. Es algo natural. Pero las modas a las que os sometéis os uniformizan. Pensad si no encontraréis en el conocimiento la diferencia que estáis buscando. Quizá no podáis hoy día encontrar un acto de independencia tan hermoso y radical como abrir un libro, y leer...

Ramón Muñoz-Chápuli es Catedrático de Biología Animal de la Universidad de Málaga

Perversas, feas, malvadas y seductoras

(las mujeres en el cine)

Sara Roma

Eloise es la perversa más famosa de todo el pop español. Quién no recuerda aquella canción del gran **Tino Casal**. En el fondo siempre he pensado que *Eloise* era un travestón, aunque con la maldad de la mujer. Ella es la bomba, ya lo decía Casal cuando la describía en su canción. Sus pechos goma² y nitroglicerina eran su carta de presentación. *Eloise* estaba por encima del bien y del mal y conseguía tener a los hombres a sus pies, como perros fieles.

No sé si **José Antonio Hurtado** estaba pensando en esta canción cuando definió a la mujer fatal como <<ese explosivo cóctel de erotismo y muerte, sexo y violencia, deseo y destrucción>>¹. El caso es que se parece mucho a la mujer de la que habla Casal. Mujer para la que el sexo es su arma favorita, y normalmente la conduce, como feroz mantis, a devorar y ser devorada.

Mientras que en el cine clásico, el hombre se relaciona con la actividad y el poder, a la mujer se le concedían características como la pasividad y la sumisión. Sin embargo, las cintas protagonizadas por estas mujeres se diferencian en que se muestran fuertes e independientes, algo que asustaba al género masculino, pero que en el fondo les atraía irresistiblemente.

A lo largo de los años treinta y cuarenta el panorama filmico americano fue acaparado por personajes oscuros e inquietantes representativos del género negro, tales como el detective privado, el

policia corrupto, el gánster o el dueño de un club nocturno. Pero una de las más significativas, sin duda alguna, es la mujer fatal. Por lo general, la *femme fatale*, figura heredada de las vampiresas del cine mudo, se caracteriza por su fuerte personalidad, un gran atractivo y por su actitud sexualmente provocativa, con la que tienta al hombre para cometer un delito del que ella resultará beneficiada, provocando la destrucción de éste.

La mujer fatal trasgrede las normas sociales y morales. Precisamente el éxito o el fracaso del hombre dependen, en gran medida de la capacidad que posea para librarse de las manipulaciones de la mujer. **M^a Ángeles Cruzado**, quien ha investigado los orígenes del mito, considera que <<surge en el siglo XIX, en una época marcada por la Revolución Industrial y el nacimiento de la sociedad burguesa, caracterizada por una doble moral que encerraba a las esposas entre las cuatro paredes de la casa, mientras los maridos buscaban fuera el placer sexual>>².

En estas películas, es la mujer la que se beneficia de la dependencia de los hombres. Producto de la misoginia y del ensueño de algunos cineastas masculinos, la *femme fatale* en el cine negro quedó materializada como un personaje realista y onírico al mismo tiempo, y representó, de algún modo, los deseos ocultos que subyacían al cumplimiento cotidiano.

La mujer rebelde

El inicio de este mito cinematográfico se produce en la década de 1920, cuando el danés **Benjamin Christensen** estrena *Häxan*, en la que aborda la persecución de las brujas en el Medioevo. Sin embargo, el mejor film es el de **G. W. Pabst**, *Lulú o La caja de Pandora* (1928), quien presenta de forma clara a una mujer fálica, castradora, y destructora del hombre.

Con la vamp aparece en el cine la figura de la mujer sexualmente agresiva, cuya popularidad fue creciendo de tal manera que el cine norteamericano no tuvo más opción que rendirse y acabó importando el estereotipo. La vampiresa expresa, sin pudor, sus pulsiones eróticas tomando la iniciativa de la seducción, tradicionalmente reservada al varón. **Theda Bara**, icono de las primeras vampiresas y una de las más admiradas en Hollywood, fue publicitada como "la mujer más perversa del mundo".

Estas fatales se caracterizan por sus movimientos felinos y por su rostro ambivalente, que les permite mostrarse como ángeles o demonios, a conveniencia. Su imperfecta belleza las hace poseedoras de una mirada hipnótica y seductora, con la que consiguen privar a su víctima de toda razón. La ambigüedad es otro de sus rasgos más característicos: la perversa es generosa y pérfida, fácil e inalcanzable, llegando a poseer quien se convierte en su esclavo. Y a pesar de su apariencia frígida, con ella el placer es infinito. Eso sí, es ella quien marca las pautas en la relación. Cuando el enamorado se declara, se muestra indiferente, pero una vez rota la relación, ella vuelve a atraerlo para seguir jugando con él. Sólo puede ser amada en la distancia.

El mito de la mujer fatal vivió su época dorada entre los años treinta y cincuenta, en donde encontramos magistrales perversas. A lo largo del

cine clásico, para su puesta en escena, Hollywood había recurrido a la estereotipada imagen de la vamp. Pero la primera heroína doméstica que rompe con la vieja imagen de la "estrella diosa" es la inmortal **Bette Davis**, la más fea y la más mala. Su escasa belleza, sus ojos melodramáticos y su mal carácter la condujeron a interpretar papeles de mujer dura, egoísta y temperamental. De este modo, se granjeó el título de la loba gracias a su interpretación en la película del mismo nombre en la que daba vida a Keginia Giddens, una terrible mujer de carácter inaguantable, que era el colmo de la perversidad. **Lana Turner** fue otra perversa doméstica y urbana.

El tiempo no pasa para las malvadas porque nunca pasan de moda. Ejemplo de ello es que este tipo de mujer es adoptada en casi todos los géneros cinematográficos por ser irresistible y diabólicamente inteligente. Sin embargo, los guionistas no han sido muy agudos y se han encasillado y han copiado hasta la saciedad el esquema de las historias con perversa como protagonista. En el fondo, si nos fijamos, las tramas de las películas de género negro, con malvada incluida, son idénticas. *Fuego en el cuerpo* (Body Heat, 1981, **Laurence Kasdam**), *Chinatown* (1974, **Roman Polansky**), *El cartero siempre llama dos veces* (Postman Always Rings Twice, 1981, **Bob Rafelson**) y otras más, se basan en el mismo tema: se trata de un triángulo amoroso, compuesto por dos hombres y una mujer, en el que ella quiere deshacerse de su marido para quedarse con el dinero. Para conseguirlo utiliza al amante, provocándolo e incitándolo para que caiga en sus redes. Pero el hombre (tratado en estas películas como un ser cínico y vulnerable a los encantos femeninos) no piensa que detrás de una belleza sin igual se esconde una mujer más que inteligente: una mujer obsesionada con alcanzar lo que se propone, aún a costa de usar su poder letal... Una vez que él ha caído en su tela de araña, la malvada lo maneja a su antojo.

Conclusiones y consejos para ser perversas

La perversa es la mujer que, en el fondo, a todo hombre le gustaría poseer. Además de ser seductoras, ofrecen riesgo, inmoralidad (como la vampira) y destrucción (como la mujer pantera), por lo que la sexualidad está ligada a la muerte. Ya lo decía **Ovidio**, <<aquella que quiera conservar su poder, ha de usar el mal de su amado>>³ y ellas viven a costa de la desgracia de sus víctimas, como el vampiro de la sangre de las suyas.

Al igual que los ojos de **Helena de Troya**, los de las perversas son como ejércitos y allí donde ponen la mirada arden las ciudades porque no ven el amor como algo sagrado, sino como una guerra donde todo vale. Como **Lou Andreas-Salomé**, que rompió el corazón del misógino **Nietzsche** y consiguió matar de amor a un **Rilke**, que en su lecho de muerte le pidió a los médicos <<pregúntenle a Lou cuál es mi mal. Ella es la única que lo sabe>>-, estas mujeres son malas, pero malas en el sentido goethiano: mal que produce bien porque sus presencias son excitantes.

Sara Roma (<http://www.lagorgona.es>) es Doctora en Comunicación audiovisual. Como especialista en cine de terror colabora con diversos medios como el programa Canal de estreno de Canal Sur Radio y Lo que faltaba (<http://www.loquefaltaba.es>).

1. **Hurtado, J.A.** <<Sombras de sospecha>>, en *Imágenes del mal*, Vicente Domínguez Coordinador, Madrid, 2003 (1ª edición). Ed. Valdemar, pág. 253).

2. **Cruzado Rodríguez, M.A.**, <<El mal tiene nombre de mujer: del Olimpo a la meca del cine>> en *El espejo de la cultura: mujeres e iconos femeninos*. Sevilla, Ed. Arcibel, 2004 (pp.31-45)

3. **Ovidio**, *El arte de amar*, Madrid, Ed. Akal, 1991.

La naturaleza corporal como mítica originaria del lenguaje (O cómo hacer palabras con cosas)

José Calvo González

Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol

Vicente Huidobro

Todas nuestras ideas provienen del mundo natural: Árboles=Paraguas

Wallace Stevens

De improviso, inopinadamente, llega el día en que el lector se topa con una expresión que despega del escrito y trepa hasta el oído para percutir y trepanar al fondo de la audición interna de su lectura, para sonar como el eco de una detonación sorda bajo la superficie de letra escrita que está leyendo. Yo vine a dar hace unos días con una de ellas; fue *a bocajarro*.

Sucedió entonces que se me llenó el pensamiento de reflexiones excéntricas, o al menos periféricas. Suele sucederme a menudo.

En una de ellas fui a parar donde García Márquez puso inicio a *Cien años de soledad*. Escribió allí:

"El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo"¹.

Así pues, el hombre, al comienzo de los tiempos, dejó su huella sobre las cosas al nombrarlas por primera vez. El hombre carecía por entonces de cualquiera otra clase de lenguaje diferente del ostensivo, del mostrador. Señalaba las cosas con el dedo para mencionarlas. De esa huella nos hace revelación a luz ultravioleta la Teoría de la Lengua, que posee sus propias técnicas de identificación dactiloscópica, para señalando determinado número de *cretas* recuperar las trazas prehistóricas del lenguaje. Tienen los lingüistas una oculta vocación detectivesca, que alimentan asimismo con habilidades arqueológicas y saberes antropológicos. Entre ellos es el filólogo un rastreador que husmea en la pista idiomática de una palabra, aspirando profundamente en ella, a la búsqueda de su origen, a la caza de su etimología.

Pero no quiero perder yo el rastro de lo que iba diciendo, que era aquello del primer hombre, Adán, dejando su huella en las cosas al nombrarlas, poco antes de convertirlas en palabras. La más remota forma de lenguaje se ligaba a un proceso táctil. Es de imaginar que produciría estremecimientos sensitivos; a través de las yemas de los dedos, de sentir el tacto de las cosas, lo tangible, el nombre de las cosas se hacía perceptible. La creación del lenguaje en el índice de la mano.

Contemplando los frescos de Miguel Ángel en la capilla Sixtina nos admiramos al observar el dedo índice de Dios, que toca y crea el mundo, y a nosotros mismos. El mundo y el hombre estaban en el índice de la divinidad, que al principio era el Verbo y estaba solo, y creó al mundo y al hombre a su imagen y semejanza, por eso también mundo y hombre son indicio de Dios. Y como Dios, asimismo el hombre tocó el mundo y creó el lenguaje, y también como Él estaba solo, y también lo instituyó a su imagen y semejanza.

¹. G. García Márquez, *Cien años de soledad* (1967), ed. de Jacques Joret, Cátedra, 1994, p. 79.

Me parece importante resaltar todo esto. Tocando, imponiendo sus manos sobre el mundo, palpándolo, creó el hombre su primitivo lenguaje para sentirse menos solo, y debió hacerlo del único modo que pudo, a imagen y semejanza propia, pues no veía -sólo oía el Verbo divino- a nadie más a su alrededor.

Era la edad arcaica en que un único hombre había sobre el mundo, un hombre muy joven, en un mundo que era igualmente tan reciente que estaba del todo intacto. Ese mundo era en efecto completamente flamante, transparente, resplandeciente, sin otra huella que la dejada por el invisible índice de Dios, instrumento del lenguaje divino. Adán lo antropomorfizó con el lenguaje humano cuando tras tentarse y manosearse a sí mismo se reflejó en el mundo, en el entorno, en el panorama, en la naturaleza circundante. Nombró todo aquel paisaje natural con su dedo instituyendo un mundo lingüístico-gestual, todavía no verbal, de equivalencias con su propio paisaje corporal.

Así, pues, ciertamente, si convenimos con Wittgenstein en que "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo"², la demarcación del mundo natural en el primer lenguaje, en el primitivo modo de nombrar el mundo, fue al comienzo el conjunto de marcas del que el hombre disponía a través del surtido de las distintas partes de su cuerpo. Lo que estaba más próximo al hombre primitivo era su intrínseca realidad corporal, la geografía (topografía, cartografía, geodesia) de su naturaleza humana. Lo que tenía más a la mano eran sus propias manos, y la proyección de ellas en los dedos, y entre ellos el que más directamente apuntaba de todos, el *dedo índice*. Así pues, "el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo" *índice*.

Mucho más tarde aprendió a articular sonidos y pronunciar en palabras los nombres de las cosas. Pero para esa fecha le había quedado aquella costumbre física de nombrar el mundo a razón los límites de su mundo corporal. De ahí que la expresión lingüístico-verbal del mundo todavía mantenga huellas que se pueden seguir sin demasiada dificultad precisamente en las metáforas antropomórficas del lenguaje. Se forma con ellas algo parecido a una especie de Frankenstein verbal; expresiones formadas con pedazos de cuerpo humano, hechas con piezas corporales, compuestas de prótesis que derivan de aquel lenguaje, el más aborigen de todos, el ostensivo, de señalamiento del mundo por medio del cuerpo humano, o casi humano, del hombre primitivo.

Todavía hoy hablamos del pie del árbol, del vientre de la montaña, de la garganta del desfiladero, del ojo del huracán, de la lengua del glaciar, de la piel de la fruta y, conforme nuestra civilización ha evolucionado, también del cuello de la botella, de la boca del túnel, de los ojos del puente, del oído de la guitarra, de los dientes de sierra, del cuerpo de la letra y hasta de la cabeza del alfiler, o tantas otras...

Al hombre primitivo podemos considerarlo como el poeta del lenguaje puro, que encontraba inspiración al elegir sus recursos expresivos a partir de lo que exhibía su propia anatomía. "El hombre es el nombrador; en eso reconocemos que desde él habla el lenguaje puro" (*Ur-Sprache*), dice Benjamin³. El hombre primitivo, que ante todo era un denominador indicial, fue por eso poeta del lenguaje puro. En adelante, y por extensión, quienes han continuado nombrando el mundo se hacen acreedores de ese título.

Poeta, escribe Foucault,

"es el que, *por debajo de las diferencias nombradas* y cotidianamente previstas, reencuentra los parentescos huidizos de las cosas, sus *similitudes dispersas*. Bajo los signos establecidos, y a pesar de ellos, oye otro discurso, más profundo, *que recuerda el tiempo en el que las palabras centelleaban en la semejanza universal de las cosas*: la Soberanía de lo Mismo, tan difícil de enunciar, borra en su lenguaje la distinción de los signos"⁴.

2. L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, con introd. de Bertrand Russell, ver. española de E. Tierno Galván, Alianza, Madrid, 1973, § 5.6.

3. W. Benjamin, "Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los humanos" (1916), trad. de R. Blatt, en Id., *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Iluminaciones IV, Taurus, Madrid, 1991, p. 63.

4. M. Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, trad. de E. C. Frost, Siglo XXI de España, México, p. 56.

Merecen así título de *herederos legítimos de los originarios o primigenios poetas puros*, por ejemplo, aquellos que al nombrar unidades de longitud utilizan medidas antropométricas; los británicos tienen en su sistema métrico nombres como el pie, equivalente a doce pulgadas. Claramente, pues, "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo", y no por otro mejor motivo que aquel que revela el límite del mundo calculado, en efecto, a la medida del límite del propio mundo corporal. Más aún, si fuere preciso acudir a una referencia más universal, válida en cualquier lugar y cultura mundial, también existe. Es el *codo*, unidad que medía la distancia entre el codo y el final de la mano abierta. "Unidades de medida táctil" las llama Georges Braque⁵, quien igualmente afirma que "el lenguaje es el firme testigo de una época"⁶. El originario y primigenio daba testimonio del tiempo en que el hombre se expresaba con y desde su corporalidad.

Así fue, por tanto, como el hombre puso nombre al mundo, valiéndose de su propio cuerpo para instituirlo de un lenguaje que al principio carecía de sonoridad, que era sólo gestual. Aparecerían luego, mucho después, los sonidos que poco a poco fueron dulcificándose en palabras, y más tarde aún el sistema sígnico que las transformó en escritura, en palabra escrita. Y de nuevo al cuerpo, y en concreto a la mano, correspondió una función principalísima. No únicamente porque se escribiera con la mano, pues esto parece evidente, sino porque lo escrito con ella era también leído con apoyo en ella, y en particular otra vez con el dedo índice. En efecto, las palabras que habían salido del mundo corporal del hombre para nombrar el mundo exterior sustituyeron al mundo mediante su representación escritural. Las palabras fueron finalmente el mundo, y otra vez, como digo, devino fundamental el contacto físico con la palabra, ahora ya, puesta por escrito. Todos, en el momento más pálido de nuestro aprendizaje del mundo a través de la comprensión de la escritura, esto es, mediante la lectura, hemos recurrido al dedo índice. Sucedió cuando frente al mundo de la letra escrita, que era tan reciente, carecíamos de habilidad para nombrarlo, y para mencionarlo, para pronunciarlo, había que letrear las palabras con el dedo. El dedo que al leer señalaba las palabras, que seguía la letra de la palabra, el dedo que tocaba la palabra que era representación del mundo, el dedo que hacía contacto con la grafía, nos acercaba al mundo. Los límites de mi mundo corporal, la yema del dedo que recorría la palabra, marcaba el límite del mundo comprensible. Muchos creen un hábito a corregir esa forma de leer; yo, sin embargo, nunca ha reprendido a un niño señalar con el dedo la letra impresa. Pienso en ese gesto absolutamente natural, con independencia de que luego se abandone, como el momento feliz en que por primera vez todo el mundo, el real e igualmente el imaginado, contenido en la letra escrita, y acaso también sobrepuesto en impresa, quedaba al alcance de la punta de los dedos. Palpar el mundo tocando físicamente la palabra en cada una de sus letras y sílabas me abrió todos los imaginables límites del mundo.

En lo demás, uno de los episodios a los que cuando se aborda el tema del lenguaje suele hacerse inexcusable alusión es el del embrollo babélico. Como todos sabemos, en la fábrica de la Torre de Babel tuvo lugar un tan extraordinario barullo entre operarios, oficiales y maestros que acabó desembocando en un fenomenal galimatías, y su construcción quedó inacabada y la especie humana se dispersó por toda la faz de la tierra. Y aquel fue tiempo de confusión y diseminación. Todo un ejemplo de que "el lenguaje es el firme testigo de una época". En Babel sucedió algo paradójico: la lengua originaria ("el labio único" del que habla el *Génesis* XI, 1-9) se enmaraña, se enreda, y los hablantes se esparcen y desperdigán. La *fabula docit* de la leyenda es, por lo demás, desoladora: en adelante, a los hombres no les queda más posibilidad de entenderse que alejarse unos de otros y constituir grupos aislados. "Aclararse" pasa ineludiblemente por apartarse y disgregarse. El lenguaje moderno, impuro como confundido, que surge en la desintegración es, por tanto, razón del distanciamiento entre los hombres. De las varias conclusiones extraíbles una es, no insignificante, también el alejamiento entre *die Kultur* y *die Natur*.

*Después de Babel*⁷, en la situación babélica de nuestro presente, parece el único remedio recobrar lo que también parecería irrecobrabable, *die reine Sprache*. De ello sólo los poetas son capaces. Se precisan nuevos

⁵. G. Braque, *El día y la noche*. Cuadernos 1917-1952. Seguidos de *Pensamientos y reflexiones sobre la pintura* (1917), trad. de R. Andrés y R. Rius, *El Acantilado*, Barcelona, 2001, p. 37.

⁶. *Ibid.*, p. 31.

⁷. G. Steiner, *Después de Babel*. Aspectos del lenguaje y la traducción (1975), trad. de A. Castañón, FCE de España, Madrid, 1981.

poetas. Poeta, pensaba Borges, es "aquel hombre/ Que, como el rojo Adán del paraíso/ Impone a cada cosa su preciso/ Y verdadero y no sabido nombre"⁸.

Una nueva nominación, una redenominación. La Poesía, después de Babel, debería intentar trasladarnos desde nuestro *envejecido mundo* hacia el que "era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo". Llevar su mensaje desde la desintegración cultural a la reintegración natural. Ese esfuerzo de traslado y devolución exige comprender aquello que el lenguaje de unos hombres tiene y tendrá siempre en común con el de otros; y es percibir lo que un hombre, cualquier hombre, tiene en común con el resto de los hombres, en cualquier lengua: su humanidad. Reencontrar ese parentesco consiste en reconstruir una imbricación, a veces una hibridación más bien, de naturaleza y lenguaje; más aún, pues la naturaleza no se explica lingüísticamente sin el hombre y su lengua, sea la que fuere, sin ese lenguaje antropomórfico, *lenguaje puro* del primer poeta.

Y es verdad que después de Babel únicamente los poetas han desandado el largo camino de la dislocación entre Naturaleza y Cultura y procurado reunir la legendaria desbandada.

¿Cómo?

"Un poema es y seguirá siendo -sostiene Gadamer- una recolección de sentido, incluso cuando sólo es recolección de fragmentos de sentido", y añade: "La pregunta por la unidad del sentido queda como una última pregunta por el sentido *y encuentra su respuesta en el poema*"⁹.

Del propósito de devolución de la Cultura a la Naturaleza, del retorno a la Soberanía de lo Mismo, hace prueba la poética de las metáforas naturalistas. Se produce al nombrar el llanto como un río de lágrimas y la vida como ríos que van a parar al mar, la maledicencia como venenosa lengua de víbora, al hablar de la imaginación como un potro desbocado, o de dar rienda suelta a la imaginación, del amanecer o la primavera del amor, del invierno de los sentimientos, de la esbeltez de una cintura de avispa, del volcán de la pasión, de la humedad de un beso como la del océano todo cuando la lengua de la amada llena la boca de olas, de la menta de tu mirada, de la manzana de tu hombro...

Los versos del poeta Octavio Paz en *Piedra de sol* expresarán siempre mejor la idea:

*"El mundo ya es visible por tu cuerpo
(...)
Voy por tu cuerpo como por el mundo,
Tu vientre es una plaza soleada,
(...)
voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque"*¹⁰

Aún sabiéndome no poeta, sé que esa restitución, esa reposición, esa reintegración es posible. En realidad, soy jurista, y ello refuerza esta convicción. Siquiera porque, como escribiera Giraudoux para el parlamento de uno de sus personajes, "el derecho es la más potente de las escuelas de la imaginación: ningún poeta ha interpretado la naturaleza tan libremente como un jurista la realidad"¹¹. Y más: "No por casualidad -explica asimismo Magris- muchos mitos dicen que los poetas fueron, también, los primeros legisladores"¹². No parece, por tanto, que debamos renunciar a la esperanza de que una metáfora logre cambiar el mundo.

José Calvo González es Profesor Titular de Teoría y Filosofía del Derecho de la Universidad de Málaga

8. J. L. Borges, "La Luna", en *El hacedor*, Emecé, Buenos Aires, 1960.

9. H. G. Gadamer, *Poema y diálogo*, trad. de D. Nasmias y J. Navarro, Gedisa, Barcelona, 1993, p. 148.

10. O. Paz. *Piedra de sol*, con Lectura de Pere Gimferrer, Mondadori, Barcelona, 1998, p. 56 y 58.

11. J. Giraudoux, *La guerre de Troie n'aura pas lieu*, 1935), Librairie Générale Française, Paris, 1963, p. 111.

12. Vid. C. Magris, "Los poetas y los legisladores", en *La Nación* (Buenos Aires) 12 de marzo, 2006, Cultura, p. 1

Mujeres Invisibles

Catalina Lara

En el Prólogo del Informe "Política Científica en la Unión Europea: Promover la excelencia potenciando la igualdad de género", elaborado por el grupo ETAN de la Comisión Europea¹, el entonces Comisario de Investigación Philippe Busquin decía: "Al entrar en el siglo XXI, el papel de la ciencia y la tecnología se hará más importante que nunca hasta ahora. Para que podamos estar a la altura de los desafíos y oportunidades que surgirán en el nuevo milenio, es esencial que Europa maximice todo su potencial investigador. Hay, sin embargo, un aspecto clave que continúa limitando el futuro potencial investigador de Europa: la infra-representación de las mujeres en los campos de la ciencia, la investigación y el desarrollo. Una mayor presencia de mujeres en investigación mejoraría la utilización de recursos humanos al tiempo que enriquecería la tarea científica con nuevos temas y perspectivas". A la luz de los datos y análisis del Informe ETAN se inició una decidida apuesta de la Comisión Europea por incrementar la participación de mujeres en puestos de responsabilidad en investigación y desarrollo, afirmando que esta infra-representación supone no sólo

un gran despilfarro de talento, cuantificable con parámetros económicos, sino también una injusticia, cuantificable con parámetros sociales de bienestar.

La situación actual de las mujeres en el ámbito de la Ciencia y la Tecnología puede visualizarse fácilmente mediante lo que se denomina una gráfica en tijera, como la que se muestra para la Universidad Pública española (Fig. 1) o para el CSIC (Fig. 2)². Son mujeres el 60% de las personas que realizan y terminan estudios universitarios, y el 50% de las que obtienen el Doctorado, sin embargo la participación de las mujeres en la actividad investigadora y docente de nuestras Universidades dista mucho de ser igualitaria con la de los varones: decrece notablemente en las escalas profesionales altas, de forma que sólo son mujeres un 36% de los Profesores Titulares de Universidad (TU) y Catedráticos de Escuela Universitaria (CEU), y este porcentaje baja al 14% en Cátedras de Universidad. Análogamente, en el CSIC hay un 53-54% de becarias y doctoras contratadas pero a medida que se sube en la escala el porcentaje de mujeres va siendo cada vez menor.

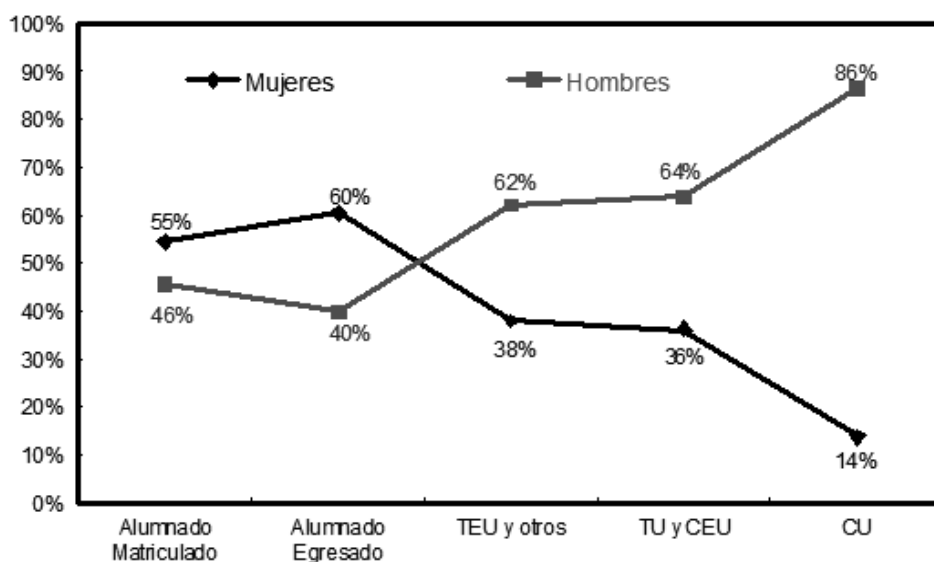


Figura 1. Situación de mujeres y hombres en las Universidades públicas españolas. Curso 2005-2006. (Datos de Académicas en Cifras 2007, UMYC, Ministerio de Educación y Ciencia)

1. "Science policies in the European Union: Promoting excellence through mainstreaming gender equality". ETAN Group, CE, 2000 (<ftp://ftp.cordis.europa.eu/pub/etan/docs/women.pdf>)

2. "Académicas en cifras 2007". Unidad de Mujeres y Ciencia del MEC, Gobierno de España (<http://www.mec.es/ciencia/umyc/files/2007-academicas-en-cifras.pdf>)

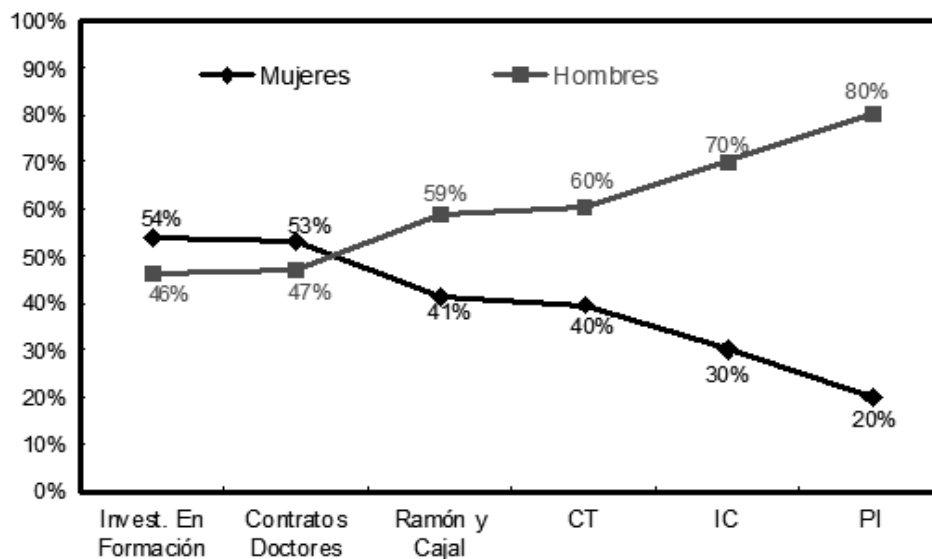


Figura 2. Situación de mujeres y hombres en el CSIC. (Tomado de Académicas en Cifras 2007, UMYC, Ministerio de Educación y Ciencia)

Este tipo de gráficos aplicados a distintas instituciones permiten diagnosticar la existencia del denominado *techo de cristal*, un conjunto de barreras sutiles e invisibles que, de forma acumulativa y sinérgica, frenan el acceso de las mujeres a los altos cargos de las carreras profesionales. La naturaleza de estas barreras es eminentemente cultural y muchas están relacionadas con prejuicios³ (en el sentido literal de la palabra, esto es, conclusiones previas a un análisis o juicio basado en evidencias) y asignaciones sociales de roles. Un prejuicio muy común en el mundo académico, que se filtra a la sociedad, es la creencia de que la investigación científica ha sido históricamente, y por tanto es normal que siga siendo, un asunto de hombres. Comprensible la primera parte de la idea, si se tiene en cuenta el dato histórico de que las mujeres tuvieron expresamente prohibido el acceso a muchas Universidades en Europa hasta finales del siglo XIX o principios del XX, que en las que se las admitía tuvieron serias dificultades para realizar estudios o conseguir los títulos para ejercer la profesión (por ejemplo medicina)⁴, y que con la honrosa excepción de algunas Universidades italianas,

como las de Bolonia o Padua, en muy pocas pudieron ejercer como profesoras y catedráticas⁵. Es comprensible pero veremos que incierta, y no puede sustentar su conclusión derivada.

Cada vez son más los estudios que muestran el papel protagonista que algunas mujeres, a pesar de todas las dificultades, han tenido en el desarrollo del conocimiento científico, ese entramado de ideas y pequeños avances que se va forjando y evoluciona como algo vivo, y que cuando llega su momento de madurez se abre y muestra el fruto del descubrimiento. Así ocurrió en Francia, Inglaterra y Alemania durante el periodo de la Ilustración y el nacimiento de la ciencia moderna. Todas fueron mujeres privilegiadas que gozaron de las condiciones familiares y económicas adecuadas para instruirse, cultivarse y desarrollar sistemas de pensamiento e investigaciones experimentales, a pesar de estar excluidas de las instituciones académicas y de los círculos científicos masculinos. Todas tuvieron que superar grandes obstáculos y en muchos casos soportar mofas y descréditos para poder dedicarse a su pasión.

³. Aunque escapa del propósito inicial de estas páginas, les recomiendo la lectura de un artículo publicado en una de las revistas científicas de mayor prestigio en el mundo, en el que se hace un análisis sobre los prejuicios inconscientes que pueden viciar un proceso de evaluación de la actividad académica: Wenneras C. & Wold A. (1997) Nepotism and sexism in peer-review. *Nature*, 387, 341-343.

⁴. Véanse los capítulos ampliamente documentados de Consuelo Flecha y de Antonio Canales en "El Segundo Escalón. Desequilibrios de Género en Ciencia y Tecnología" (C. Lara, Ed). Editorial ArCiBel, Sevilla, 2006. A veces los avances en la igualdad fueron seguidos por retrocesos y nuevas prohibiciones, como ocurrió en España, en un continuo zig-zag.

⁵. Es curioso que, cuando pudieron estudiar o enseñar en esas escasas Universidades eligieron matemáticas, física y filosofía natural. Como ejemplos, tenemos en el siglo XVII a Elena Cornaro Piscopia, Doctora en Filosofía y Profesora de Matemáticas en la Universidad de Padua, o en el Siglo XVIII en Bolonia a Laura Bassi, eminente Catedrática de Física, y a María Agnesi, Catedrática de Matemáticas y Filosofía natural, autora de las "Instituciones analíticas", un libro publicado en 1748 y traducido a varios idiomas, que fue considerado durante casi un siglo el texto matemático más claro y completo.

Con luz propia brilla Emilie de Breteuil, marquesa du Chatelet (1706-1749), autodidacta, especialmente dotada para la física y las matemáticas. Compaginó una intensa vida social, que le permitió relacionarse con los principales científicos franceses entre los que difundió y defendió las nuevas ideas de Newton y Leibniz frente al cartesianismo imperante, con un trabajo deductivo y experimental serio y riguroso que fue publicando en un principio de forma anónima (como las *Institutions de Physique*), y posteriormente con su nombre cuando ganó seguridad. Consciente de que uno de los problemas que tenían los académicos franceses para entender a Newton era su latín, emprendió la traducción al francés de los *Principia Mathematica*, completándolos con sus propios comentarios y desarrollos matemáticos. Su Newton, como ella lo llamaba, fue su obra póstuma⁶. Sigue siendo la edición de referencia y la fuente para otras traducciones. Con ella, se consagró el método científico de Newton en Europa.

Antes que ella, en Inglaterra, *lady Anne Finch*, condesa de Conway, (1631-1679)⁷, también autodidacta y rigurosa, desarrollaba un sistema filosófico para aunar el mundo material y el espiritual. Su sistema se basaba en un universo constituido de partículas básicas indivisibles llamadas mónadas, dotadas de fuerza vital, opuesto al universo mecanicista de Descartes. Por decoro no quiso que su obra fundamental se publicara con su nombre y al morir la legó a Franciscus van Helmont con el resto de sus escritos. Van Helmont la publicó como editor en Amsterdam en 1690 en latín, *Principia Philosophiae Antiquissimae et Recentissimae*, y en Londres dos años después en inglés, atribuyéndola en el prefacio a una cierta condesa inglesa extremadamente bien versada en toda clase de filosofías. Cuando van Helmont se instala en Hanover explica y discute las ideas de estos *Principia* con Leibniz y Sofía de Hanover. El sistema y los conceptos de Conway están en la base de la *Monadología* (1714) de Leibniz. Curiosamente, y es justo decirlo, tanto van Helmont como Leibniz se referían a "la condesa inglesa" o a la "condesa de Kennway" -siguiendo la fonética- como origen de las ideas vitalistas, pero no así los historiadores de la ciencia, que durante mucho tiempo incluso atribuyeron los *Principia Philosophiae* a van Helmont.

Otra aristócrata inglesa, *lady Mary Wortley Montagu* (1689-1762), también autodidacta, erudita y observadora, vivió unos años en Turquía con su marido, que era embajador. Allí se dedicó a observar las costumbres del país, y vio como las campesinas realizaban una práctica casi ritual que llamaban la inoculación, que consistía en recoger pus de una persona infectada de viruela y, con la punta de una aguja, inocular una pequeñísima cantidad en una vena de personas sanas, para conseguir de esta forma que sufrieran una manifestación extremadamente benigna de la enfermedad y quedaran protegidas de padecer el mal. Tras constatar la efectividad del procedimiento -al que comenzó a llamar variolización y vislumbrar su mecanismo-, a su vuelta a Inglaterra, donde la viruela hacía estragos, consiguió interesar en el proyecto a la princesa de Gales y a varios médicos de la corte y prepararon su primer ensayo clínico: seis condenados a muerte aceptaron ser inoculados a cambio del perdón. El Real Experimento se realizó en 1721, supervisado por médicos y miembros de la Royal Society y fue un éxito. Después se repitió con niños del hospicio de Westminster con igual resultado: enfermaban levemente y luego en contacto con enfermos graves no se contagiaban. La propia princesa de Gales y *lady Mary* variolizaron a sus hijos y el procedimiento se extendió por toda Inglaterra y Europa, aunque contó con la oposición de muchos médicos y de la Iglesia. No deja de ser curioso que en las historias de la medicina se atribuya totalmente el descubrimiento de la profilaxis contra la viruela a Edward Jenner, que utilizando una pústula vacuna consiguió simplemente una variante más segura que la variolización por pus humana, y ensayó sólo con un niño de ocho años. Pero las mujeres no podían estudiar medicina en Inglaterra, y no se iba a reconocer el mérito de esta práctica médica a una señora "ignorante", y menos a las campesinas turcas.

6. Una buena biografía y su correspondencia pueden encontrarse en M du Chatelet "Discurso sobre la felicidad". Ed. Isabel Morant, Cátedra, Valencia, 4ª ed 2002.

7. M. Alic "El legado de Hipatia", Siglo XXI Ed., México, 2ª ed 2005. En este libro se pueden encontrar datos sobre las demás científicas mencionadas en este artículo. Biografía y bibliografía de Conway en: <http://plato.stanford.edu/entries/conway>

Deberíamos recordar también a Caroline Herschel (1750-1848), la cazadora de estrellas, descubridora de más de diez cometas y varias nebulosas, y que colaboró con su hermano William, constructor de potentes telescopios, en el descubrimiento de más de mil estrellas binarias y otras tantas nebulosas. Y a las botánicas y entomólogas (Margaretta Hopper Riley, Eleanor Ormerod, y tantas más) que popularizaron las colecciones de especímenes y convirtieron la biología descriptiva en una moda. Y a la divulgadora Jane Marcet (1769-1858), cuyas *Conversations on Chemistry; on Botany; on Vegetable Physiology, y on Natural Philosophy*, escritas en forma de diálogos entre una profesora y dos estudiantes permitieron dar a conocer estas ciencias y su desarrollo en toda Europa. Traducidas y continuamente reeditadas, especialmente las de Química, eran cuidadosamente revisadas por su autora que actualizaba contenidos e introducía nuevos conceptos. Una labor inestimable para despertar el interés por la ciencia.

No podemos dejar de recordar, ya en el Siglo XIX, a dos grandes científicas: Mary Somerville (1780-1872), a quien llamaron "la reina de las Ciencias" pues las cultivó todas, matemáticas, física, geografía física, o astronomía; y Ada Byron, condesa de Lovelace (1815-1852), quien a los 15 años y siendo una niña prodigio, quedó fascinada con la Máquina Diferencial de Charles Babbage, capaz de hacer cálculos numéricos, y le propuso desarrollar un sistema de comunicación para que una Máquina Analítica pudiera entender órdenes, conectar informaciones, y establecer relaciones. Utilizando nuestro lenguaje actual, en su colaboración Babbage desarrollaría el Hardware y Byron el Software, el lenguaje de programación, iniciando así las ciencias de la computación. Somerville y Byron compartieron, además de su amistad, la suerte de contar con el apoyo y la colaboración de sus respectivos maridos. Ellos, que no eran científicos pero sí hombres muy cultos, se hicieron nombrar miembros de la Royal Society (esta institución no admitió mujeres hasta el siglo XX), para poder utilizar sus recursos y sus relaciones en beneficio de sus esposas -ambos recopilaban bibliografía y copiaban textos para ellas en la magnífica biblioteca a la que ellas no tenían acceso, las tenían al corriente de los temas que se discutían en las sesiones, y Mr. Somerville presentaba las comunicaciones de su esposa.

No tuvo tanta suerte Sophie Germain (1776-1831), brillante matemática autodidacta, que a pesar de no contar con una formación académica ni tener acceso a las publicaciones y los intercambios de información de sus coetáneos masculinos, realizó en solitario grandes aportaciones a la teoría de números, al desarrollo del cálculo diferencial y formuló ecuaciones para modelar la resistencia a la vibración de las superficies elásticas en relación a sus curvaturas, trabajo éste que le valió el Gran Prix Extraordinario de la Academia de Ciencias de París en 1816 y el disgusto de que uno de los miembros del jurado de dicho Premio publicara antes que ella sus desarrollos matemáticos y la acusara posteriormente de plagio.

Todas ellas y muchas más han fecundado antes, entonces y después, la ciencia y nos han legado, aun de incógnito, su análisis del mundo y de la realidad que nos rodea. Muchas han sido invisibles o han sido posteriormente invisibilizadas, con lo cual generaciones de jóvenes interesadas en la ciencia hemos carecido y siguen careciendo de modelos femeninos de éxito. El estereotipo de científico es un hombre. Sólo se ha mostrado a la que no podía borrarse: Maria Sklodowska Curie, única persona que ha recibido dos Premios Nobel en Ciencias, Física y Química. Pero no se suele considerar, por ejemplo, a su hija, Irene Joliot-Curie, también Premio Nobel de Química, ni a Maria Goeper Mayer, Nobel de Física, ni a Rosalyn Yallow, Nobel de Fisiología y Medicina, ni a Christiane Nüsslein-Volhard galardonada con este mismo premio, ni a tantas otras. Y en los libros de Bioquímica se suele seguir escamoteando a Rosalind Franklin el papel esencial y casi único que tuvo en el posiblemente mayor descubrimiento bioquímico del siglo XX, la estructura del DNA: obtuvo los mejores cristales, perfeccionó el refractómetro de Rayos X para poder obtener la resolución necesaria, obtuvo las magníficas fotografías y supo que era una hélice, desarrolló manualmente las ecuaciones necesarias para calcular los parámetros y dimensiones de la hélice, y los calculó. Mientras preparaba sus artículos para dar a conocer sus resultados, de forma más que irregular éstos llegaron a manos de o-

tras personas que construyeron un modelo de varillas metálicas con la estructura y las dimensiones deducidas por Franklin. Publicaron el modelo tres páginas por delante del artículo de Franklin, en el mismo número de la revista Nature y han pasado a la historia como autores del descubrimiento⁸.

A lo largo del siglo XX, se ha conseguido el derecho de las mujeres de cualquier clase social al acceso a las Universidades, al menos en todos los países occidentales, primero a las aulas, luego a los laboratorios y a los fondos de sus bibliotecas, finalmente a los estrados. En toda Europa hace ya muchos años que las mujeres reciben educación superior en más o menos los mismos porcentajes que los hombres y, sin embargo, también en casi toda Europa se observan para las Universidades gráficas en tijera similares a las que mostramos en las figuras 1 y 2. Esas tijeras abiertas están clavadas en el alma de nuestras instituciones académicas. Por la herida sangra el talento -y la pasión por conocer y ser reconocidas- de las mujeres. Por esa herida intuyo que sangra también algo valioso de los hombres, que no acierto a definir. Quizá alguno de ustedes, y hablo en masculino no genérico, sepa qué es y quiera decírmelo. Por mi parte les diré que estoy convencida de que si algún día fuéramos capaces, mujeres y hombres, de cerrar esas tijeras, no sólo se "mejoraría la utilización de recursos humanos al tiempo que enriquecería la tarea científica con nuevos temas y perspectivas", como decía el Comisario Busquin, sino que conseguiríamos que nuestras Universidades no perdieran el alma.

Catalina Lara es Profesora Titular de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Sevilla y miembro de la Asociación de Mujeres Investigadoras y Tecnólogas (AMIT)

⁸. Véase la documentación de estas afirmaciones en el capítulo "Rosalind Franklin y el descubrimiento de la estructura del DNA. Un estudio de caso sobre la (in)visibilidad de las mujeres en ciencia", en "El Segundo Escalón. Desequilibrios de Género en Ciencia y Tecnología" (C. Lara, Ed). Editorial ArCiBel, Sevilla, 2006.



*Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes
ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

A veces, uno descubre
que la realidad
es una noche transparente
acortamos los pasos para alargarla
caminamos lentos
dilatamos el espacio
que su tiempo ocupa,
entramos en él, llegamos al límite,
volvemos a tientas, tanto,
que podríamos perdernos,
y volvemos, volvemos,
evitando así que la noche acabe,
un poco.

Isabel Serrano

Funambulismo en las vías

Nunca regresaría a las mañanas
de carretera y frío con amargo
combustible de mate. Las campanas,
en redoble final y por encargo,
fundían el telón con las semanas.
Sirvió la despedida en vaso largo:
redimió en el camino las manzanas
de ayer, pensó en quedarse y sin embargo;
voló, con perspectiva de rapaz
en celo, por una vía en redención.
Selló en la espera la vejez a cal
y canto. Por jugarse el corazón,
le esculpieron ingenuo en la postal
que, debajo del tren, ya era estación.

Alejandro Díaz

El carro del heno

El arte sucede

El reciente y exquisito libro de Solange Fernández Ordóñez sobre la obra del escritor argentino Jorge Luis Borges (*La mirada de Borges* de la malagueña editorial Alfama) brinda una buena oportunidad para meditar brevemente sobre el efecto del arte en cada uno de nosotros. En el prólogo se afirma que es acertado caracterizar al lector atento como un ser transfigurado por lo leído. Me atrevo a extender este bonito aforismo al mundo musical. La buena música, la palabra bien escrita y bien dicha no se las lleva el viento, no se destruyen, ni desaparecen difusa e irremediablemente en ese éter mitológico que rodea y envuelve todo lo que no es material; la música y las palabras penetran en nuestra mente donde germinan lentamente haciéndonos sutilmente distintos, algo más de lo que éramos, antes de ese encuentro mágico y fecundo. Esta generosidad convierte al buen lector en un ser transformado por lo leído; al buen melómano en un ser transformado por lo escuchado.

Borges, el gran maestro de la metáfora, reitera a lo largo de su obra una característica fundamental que implica una visión única y personal del creador. Lo escrito, también lo compuesto musicalmente, existe de forma eterna desde el momento justo de su creación con independencia de que la obra sea conocida o recordada por unos u otros. Pero "el arte sucede" como dice el maestro argentino cuando, parafraseando a Emily Dickinson, indica que un momento estético muy personal e intransferible tiene lugar cuando la obra es leída o es escuchada porque, sin duda, lo leído y escuchado no es exactamente lo creado por el autor. Somos, de este modo sutil, cómplices de la creación artística; compañeros de viaje anónimos elegidos por los misteriosos y tortuosos caminos del azar. Puede que a veces sea cuestión de estar en el sitio preciso (una librería, una biblioteca, una sala de conciertos...) en el momento justo, puede que sea cuestión de esperar humildemente a que ocurra ese momento, puede que dependa de que alguien cercano o lejano a nosotros nos señale el punto hacia donde hay que dirigir la atención. Sólo nos queda la certeza de que cuando tiene lugar el encuentro sentimos, independientemente de las formas de expresión, el certero e inconfundible efecto de la esencia de lo creado: una indefinible y sutil sensación de que hay algo en nosotros que puede ser sin nosotros y que no podemos explicar cómo entró en nosotros. Una vez más, cuánta verdad hay en el verso de Keats: *lo bello es gozo para siempre*.

Antonio Heredia

La pose del opio

Una habitación que denota cierto abandono, un hombre sentado bajo una atmósfera pesada, un denso ambiente de tabaco que te impregna la ropa al entrar pueden sobrepasar iconográficamente aquella apócrifa cena de Bioy y Borges, o aquella socarrona emulación de Beltenebros. Sin jardines, sin laberintos, sin pozos y sin luna. Sin biblioteca, sin vigilia, sin tortura. También sin gorro, sin camiseta de rayas y sin corbata. Sólo opio. Largas horas de opio ante una realidad que no supone ningún estímulo.

En una búsqueda incansable de imposturas, en una estúpida catalogación de supercherías (para devolver una parte del universo ordenado a Dios, siguiendo a aquél) podemos memorar esos interminables tiempos en los que se narcotizaba como efecto de la ausencia de actividad cerebral. La imagen es tan eficaz que incluso podría resultar convincente. No se trata de una pose saturnina (la más exquisita, tal vez), pero seguro que no deja de ser una afectación, si bien de una pureza extraordinaria.

Más allá de esta imagen paradigmática es posible realizar una minuta de cotidianos fingimientos que irían desde el mentecato con chaqueta de cuero en agosto hasta la gran víctima de su propia representación, Johnny Walker Lynch. En este amplio canon tendrían cabida muchos otros, todos atrayentes: la anglomanía, el cuidado descuido, los múltiples y matizables engolamientos, decimonónicas gazmoñerías, los dolientes gravadosos, e incluso todavía algún latiniparlante. Todo depende de por dónde te muevas y con la velocidad que se dé ese movimiento. Parece que el sarampión romántico aún nos maldice con un trasnochado costumbrismo. A todos se nos ocurren muchos nombres, pero es más divertido invitar a la observación. De aquí pasaríamos a la reflexión de si es probable el arte sin pose, ejercicio intelectual que en parte hallamos en Nadia.

Ante esta fenomenología del artista posmoderno, en la que descubrimos que no es ni tan post ni tan moderno, nos queda imaginarnos si también hay representación en la intimidad. Es probable, aunque sea otra búsqueda distinta. De todas las que conocemos, ampliando la visión, no conviene olvidar la de Ana Ozores, llorando de rodillas sobre la alfombra de piel de tigre, la cabeza hundida en las sábanas de la cama y los brazos en cruz.

Frente a todos ellos, queda Holmes, en su habitación, bañado en opio, a quien no entretiene ya ni el deicidio.

Óscar Carrascosa

